

---

LIC. DIAMELA G. DE CABRAL\*

Señor Secretario de Estado de Educación,  
Señora Presidenta del Consejo Nacional de Educación Superior,  
Señores Rectores Invitados  
Señor Presidente de la Junta de Regentes y demás compañeros  
Regentes,  
Profesores y Graduandos,  
Señoras y Señores:

Hoy es un día muy especial para toda la comunidad del INTEC. Para los graduandos, porque reciben la justa y deseada retribución por estos años de estudios y desvelos. Para sus familiares, que les acompañan orgullosos, en el inicio de su vida profesional, y para el Instituto Tecnológico de Santo Domingo porque entrega a la sociedad dominicana más de 300 nuevos egresados de sus aulas, hombres y mujeres formados para trabajar y hacer posible un futuro mejor para el país.

En éstos momentos deben ustedes estar ocupados en ideas y proyectos que tienen que ver con el inicio de su vida profesional. Algunos urgentes, otros definitivos, y -por qué no- también con las interrogantes que siempre nos asaltan cuando tratamos del futuro. Saben que deben integrarse rápidamente al tren productivo y desarrollarse en sus carreras con una gestión en la que prime

---

\*Discurso de orden pronunciado por la Lic. Diamela G. de Cabral en la 14ava. Graduación del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), en fecha 15 de octubre de 1988.

la excelencia, tanto por los aportes reales que hagan a nuestro país con su trabajo, como por el espíritu de responsabilidad y dinamismo que impriman a cada una de sus acciones.

También para mí es una ocasión especial, de gran honor. Se me ha brindado la oportunidad de compartir con ustedes algunas reflexiones sobre un renglón de especial importancia para el país y que nos llena de inquietud: la producción agrícola y agro-industrial destinada al consumo local. Hay interrogantes que debemos plantearnos respecto a este tema. ¿Cómo alimentaremos a nuestro pueblo en el año 2,000? ¿Qué haremos para mejorar los déficits nutricionales de nuestra población? ¿Qué incentivos debemos darle al campo para aumentar la productividad? ¿Resulta sana la política de subsidiar las ciudades a costa del sector agrícola?

Aunque en las últimas décadas se ha registrado un descenso significativo en la tasa de fecundidad del país, proyectándose para el 2,000 una población de 8.6 millones de habitantes, con un promedio de 3 hijos por mujer y una esperanza de vida más larga, esto no significa, necesariamente, un mejor índice en la nutrición de nuestro pueblo, ya que es lógico suponer un empeoramiento en la alimentación por la situación inflacionaria que estamos viviendo. La capacidad de compra se ha visto reducida por el aumento en el costo de los productos, y la opción es adquirir productos más baratos, con una menor cantidad de nutrientes.

Todo esto adquiere una mayor dimensión si recordamos que una alta proporción de los bienes de consumo se producen en el campo; y sin embargo, por las informaciones analizadas, no podemos deducir que haya habido un aumento sustancial en la productividad de los renglones básicos de la dieta del dominicano. Este estancamiento en la producción agrícola puede explicarse por algunos factores que no sólo impiden el desarrollo, sino que, además desincentivan la producción, entre los cuales podemos citar los seis siguientes:

1. Prácticas agrícolas inadecuadas, que si bien satisfacen las necesidades actuales de los agricultores es a costa de un deterioro de la productividad de la tierra con el consecuente sacrificio de la subsistencia futura.

2. Alto costo de la materia prima por el deterioro de la moneda nacional, lo cual provoca que la importación de insumos y de tecnología se haga prácticamente inaccesible.

3. El costo de producción por tarea de tierra ha crecido a un ritmo mayor que la capacidad de los bancos para proveer

fondos y mantener igual porcentaje de participación en los proyectos. A la vez, se ha encarecido el financiamiento debido a un menor flujo de dinero al campo por restricciones de los organismos internacionales, y por lo limitado de los instrumentos de captación de los Bancos de Desarrollo, dejándoles cada vez con menos recursos y a un costo mucho más alto.

4. Controles a la actividad agrícola, con un resultado de baja rentabilidad que desestimula la inversión en el área. Esta intervención se realiza a través de impuestos a la exportación, subsidios, precios de control, prohibiciones a la exportación de ciertos productos e importación de alimentos, en interés de mantener precios bajos a los productos del campo, lo que representa un subsidio de la agricultura en favor del consumo y algunas veces hasta en favor de otros sectores de la economía que procesan esa materia prima.

5. Desarrollo desigual entre la ciudad y el campo, ofreciendo los centros urbanos mayores atractivos que provocan una enorme inmigración.

6. Falta de reconocimiento social y económico a la labor de técnicos y obreros que trabajan el campo, quienes, paradójicamente, no encuentran suficientes estímulos en un país eminentemente agrícola.

Estos factores inciden en la disminución de la producción agrícola, lo cual es alarmante cuando constatamos que la tasa de crecimiento promedio a precios de 1970 del Producto Interno Bruto Agrícola, para los años comprendidos entre 1966 y 1973, creció en 5% mientras que para los años 1973 a 1980 y 1981 a 1987 el crecimiento apenas se acercó al 1%. Si tomamos renglones tan importantes como el arroz, las habichuelas rojas, la carne de ave, plátanos y la leche, que forman la dieta básica preferente para el dominicano en todos los estratos sociales, observaremos que la evolución de su producción per cápita en libras, unidades y litros por personas, muestra una tendencia decreciente.

No podemos argumentar que el problema sea un aumento en la población, ya que en las últimas décadas se ha registrado un descenso significativo en la tasa de fecundidad, indicándonos que, aparentemente, el aumento de la población estaría controlándose y sin embargo la producción per capita ha ido decreciendo. ¿Cuál ha sido la respuesta a esta incapacidad para garantizar las necesidades de consumo de la población? La importación de bienes de consumo para suplir la deficiencia en la producción, a un costo muy alto en divisas sin que se logre, pese a esto, llegar al nivel de consumo mínimo de calorías y de proteínas que por

día recomienda la Organización Mundial de la Salud, fijadas en 2,300 calorías y 48 gramos de proteínas por día por persona.

República Dominicana ocupa uno de los lugares más bajos dentro de los países latinoamericanos en consumo de calorías, superada sólo por Haití y Bolivia. En el caso de las proteínas, sólo Haití presenta una peor condición.

Dado que el 90% de nuestra población tiene un consumo de nutrientes por debajo del recomendado, y que, en particular siguen siendo altos los porcentajes de desnutrición en nuestros niños en edad pre-escolar, los estragos de estas deficiencias se están dejando sentir de una manera alarmante en todas las actividades del quehacer cotidiano. Esta situación nos llena de gran inquietud, pues si no revertimos esta tendencia negativa y le ganamos terreno a la desnutrición, enfrentando el problema valerosamente, cada generación de dominicanos que nos suceda será menos capaz de pensar, tendrá mayores dificultades de aprendizaje y muy poca o casi ninguna posibilidad de encontrar vías para mejorar sus condiciones de vida. De ahondarse esta brecha entre producción y consumo no creemos pecar de pesimistas si afirmamos que nuestro país se hundiría más en el subdesarrollo.

Me consta, sin embargo, que se están dando pasos concretos para la solución de algunos de estos males. Por ejemplo, la producción de grasa para el consumo interno, con los proyectos de palma africana en vías de ejecución, representan una esperanza para llegar a ser autosuficientes en grasas comestibles. Igualmente se encuentran en etapa de ejecución proyectos agroindustriales muy novedosos, tales como los de sorgo, bija, naranja, chinola, melones, piña y otros, los cuales son auspiciados por organismos internacionales, como la Agencia Internacional para el Desarrollo y el Banco Interamericano de Desarrollo, quienes junto al Banco Central, al Secretariado Técnico de la Presidencia, los Bancos de Desarrollo y los Bancos Comerciales, promueven y apoyan a aquellas personas y compañías interesadas en correr con los riesgos que conlleva la producción agrícola.

Se necesita, sin embargo, mayor estímulo y apoyo para el doble reto de alimentar adecuadamente nuestra población y a la vez generar divisas con exportaciones agroindustriales. Parecería sensato decidir qué proporción de terreno debemos destinar al consumo interno y cuál otra sería más rentable si la dedicásemos a la exportación, generándose así las divisas necesarias para importar el resto de productos alimenticios básicos que no es posible producir en el país, así como los insumos y tecnología propias para trabajar el campo. Al mismo tiempo, debemos

garantizar la rentabilidad de la actividad agrícola, no sólo para que empresarios y campesinos se mantengan en ella, sino también para estimular el ingreso de nuevas personas en esa actividad.

Por otro lado, es urgente que aumentemos la productividad de las áreas cultivadas. Mucho se ha escrito y se ha hablado sobre qué hacer para lograr esta meta. Por un lado están quienes propugnan por una centralización, tanto de la producción como de los canales de distribución. En este esquema, un organismo central sería el encargado de realizar un inventario de las tierras cultivables en todo el país, determinando los cultivos aptos para cada zona, o actualizando los existentes. Así, sería sólo cuestión de planear, a nivel global, qué debería sembrar cada quien y en qué momento, evitándose la sobreproducción y el desabastecimiento en los diferentes ciclos. Sería necesaria la intervención estatal, con impuestos más elevados a los cultivos que se quieran desincentivar y subsidios para los que se quieran estimular.

Esta propuesta se enfrenta a la de quienes rechazan toda intervención estatal, no importa cuán bien intencionada sea, abogando por la eliminación total de los controles de precios en todos los productos del campo, dejando actuar libremente a las fuerzas del mercado. Los defensores de este último esquema se basan en estudios realizados en la presente década para países en diversos grados de desarrollo, que evidencian que mientras más subdesarrollado es el país, las políticas de impuestos y subsidios al campo provocan una baja en la productividad y un mayor empobrecimiento del pueblo. Por el contrario, países con mayor grado de desarrollo, muestran menor intervención y controles. Esto se explica por el hecho de que, sin un retorno adecuado de su esfuerzo, los campesinos tienden a emigrar a las ciudades, donde recibirán alimentos más baratos a costa del subsidio implícito de la zona rural en favor de la zona urbana.

Ha llegado el momento de cuestionarnos si estamos listos para revertir esa tendencia decreciente en la productividad agrícola y pasar por el sacrificio que implica tener productos del agro más caros en las zonas urbanas, en favor de proteger y estimular los sectores dedicados a la agricultura. Cuestionarnos también si no es menos probable que falle el mercado, con sus miles de intermediarios que un organismo centralizador, que necesariamente se vería afectado por un considerable poder político y una burocracia generalmente ineficaz. El subsidio a las clases necesitadas debe mantenerse, pero su costo debería salir de los impuestos que paga el pueblo en su conjunto, y no de los bolsillos y del trabajo del productor del campo.

De los casi 77 millones de tareas de tierra que existen en este país, 10 millones se consideran aptas para ser cosechadas de manera intensiva y 25 millones más serían aptas para pasto o cultivos menos intensivos. Las lluvias son adecuadas, aunque no estén distribuidos por igual en todas las regiones, lo cual puede salvarse mediante la irrigación. Nuestro país tiene, pues, condiciones naturales para satisfacer las demandas mínimas nutricionales de nuestra población en el año 2,000 y al mismo tiempo convertirse en un vigoroso exportador de productos agroindustriales.

Planteadas estas inquietudes sobre el sector agrícola, vuelvo a ustedes, graduandos, para compartir y estimularlos en su deseo de progresar, y de servir de ejemplo a toda la comunidad, que tiene grandes esperanzas cifradas en cada uno de ustedes; pero a la vez, deberán sobresalir por los valores sociales que durante estos años de su formación, INTEC ha tratado de inculcarles, trabajando con un real espíritu de compromiso frente a su comunidad. Y es que la calidad profesional de nuestros egresados no tendría sentido sin la calidad profesional de nuestros egresados no tendría sentido sin la calidad humana que necesariamente habrá de distinguirlos.

Finalmente, sólo me queda reconocer que es responsabilidad de todos los que hoy participamos en este acto, sector público y privado, asumir el compromiso insoslayable de influir para que sea realidad el hermoso postulado de los Estatutos del INTEC, cuando indican expresamente, dentro de sus objetivos, que debemos contribuir al mejoramiento de la calidad de la vida de nuestras comunidades.

Hagamos posible que en el año 2,000 se cumpla definitivamente este hermoso sueño.